

Antonio Palazzo nos narra una experiencia concreta en *Fede e impegno politico nel Mezzogiorno* (págs. 85-96), una experiencia que en cierto modo es trasladable a nuestro país, ya que esta región se caracteriza por ser un lugar en el que es difícil distinguir la fe y la religiosidad popular, la devoción y el culto vacío, algo que también sucede en algunas zonas de España. En esta región desarrolló su labor apostólica Luigi Sturzo, una labor asentada en la doctrina social de la Iglesia, basada en la participación, en el compartir, que ha dejado allí una profunda huella.

A Luigi Sturzo, a su empeño político, dedica Michele Pensini su aportación, *Fede, impegno politico a partito di ispirazione cristiana in Luigi Sturzo* (págs. 97-120), analizando la figura de éste desde el punto de vista del teólogo y destacando la actualidad de su mensaje.

Patrizia Rizzuto expone en pocas páginas el paralelismo entre dos grandes humanistas que pertenecen a dos culturas bien distintas, su trabajo se titula *La politica della verità e della solidarietà in Maritain a Gandhi* (págs. 55-63), y, aunque no es el primer trabajo que viene a comparar a estas dos figuras, no deja de ser una aportación especialmente original.

Entre los temas de actualidad que se tratan en el libro se encuentra también el problema de la desconexión entre la juventud y el mundo político, es el que aborda Anna Maria Vultaggio en *I giovani tra scelta di fede e impegno politico* (págs. 121-128), que destaca cómo la postura acomodaticia de este sector de la sociedad no responde a una actitud verdaderamente cristiana.

Una cuestión de especial interés en Italia es la preocupación por *Il rinnovamento del partito di ispirazione cristiana* (págs. 129-152), que así titula Felice Chiarelli su colaboración. La crisis de la Democracia Cristiana, aunque enmarcada en la crisis general de los partidos políticos, no deja de ser vista con especial preocupación por los políticos italianos. Chiarelli aprovecha estas páginas para ofrecer algunas soluciones.

He dejado para el final el comentario *L'etica del "segno di contraddizione" nella filosofia politica di Sturzo a Maritain* (págs. 37-53), de Rossana Carmagnani, quien se refiere a la postura del cristiano como persona que vive en una sociedad, destacando la vocación del laico que es «signo de contradicción», en tanto ha de vivir, aun con la perspectiva de un mundo ultrarreno, en este mundo nuestro al que ha de convertir en algo mejor. La Igualdad, la Justicia, la Libertad... han de ser pregonadas y defendidas por los cristianos desde cualquier ámbito, lógicamente también habrán de ser buscadas desde las ciencias jurídicas, dentro de éstas seguramente el Derecho Eclesiástico aparece especialmente abonado para trabajar en este sentido.

AURORA M.^a LÓPEZ MEDINA.

GALEAZZI, G. (a cura di): *Il contributo culturale dei cattolici al problema della pace nel secolo XX*, Massimo, Milano, 1986, 285 págs.

Dentro de la colección «Problemas de nuestro tiempo», el volumen que comentamos recoge las ponencias e intervenciones de otro género habidas durante el encuentro celebrado en septiembre de 1984 en Milán, bajo los auspicios de la Universidad Católica de aquella ciudad y el Instituto Regional Lombardo «Jacques Maritain» sobre el tema que sirve de título a la obra.

Por aquellos años numerosas revistas dedicaron sus páginas a tratar sobre la paz, al tiempo que diversas instituciones encauzaban sus esfuerzos en la misma dirección. Es probable que nunca lleguemos a saber hasta donde todo ello ha podido influir en la serie de acontecimientos que luego han devenido con enorme rapidez, pero, sin

duda alguna, parte ha de concedérsele a la presión casi constante de movimientos, idearios, declaraciones, etc., en pro de un mundo nuevo donde la violencia y los enfrentamientos fueran sustituidos como forma normal de resolver conflictos.

La sensibilización que el tema de la paz ha logrado en la última década ha sido sin duda enorme. Se ha intentado que el hombre deje de vivir con miedo ante una posible catástrofe de dimensiones apocalípticas para buscar una nueva civilización cimentada en el respeto mutuo y la solidaridad. Todavía se están produciendo entre nosotros, en la vieja Europa, unos cambios que hace sólo algunos años nadie podía imaginar; en todas partes se trata de construir un futuro mejor y lograr realmente la paz. No es, pues, aventurado decir que parece estamos a punto de iniciar una nueva era histórica.

No es inútil, consiguientemente, preguntarnos si aún el tema de la paz tiene futuro; si esa meta de un mundo nuevo pacífico se encuentra lejos. La realidad, dura a veces, nos indica que los pequeños conflictos siguen produciéndose de forma cruenta; pero, además, vislumbramos otros peligros muy serios que pueden poner en peligro a la humanidad sin necesidad de acudir a la violencia clásica de la guerra: se trata del constante deterioro del medio ambiente que puede llevarnos a una catástrofe ecológica; de una insolidaridad que sigue permitiendo la existencia de pueblos opulentos y otros que viven en la miseria. La frase del Premio Nobel de la Paz, Oscar Arias, «cada día hay en el mundo más hambre y menos aire puro» podría sintetizar un porvenir amargo.

Por tanto, aunque quizá desde distinta óptica, podemos decir que el problema de la paz sigue en pie, e incluso se agudizará posiblemente. Y, sin embargo, la paz como cuestión ética no es algo moderno, sino que posee una larga historia en la que los católicos han dicho y hecho bastantes cosas e importantes.

No sólo la jerarquía eclesiástica, sino también los intelectuales católicos han tenido un peso específico. Los numerosos documentos y discursos de pontífices como Benedicto XV, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II pueden servir de testimonio de lo primero; las doctrinas de Maritain, Mounier o La Pira sirven de ejemplo de lo segundo.

La obra que recensamos concreta su estudio a la aportación de estos pensadores del siglo actual, aunque previamente da un esbozo del pensamiento de la Iglesia Católica en torno a la guerra y la paz. En este sentido pone en evidencia cómo, aun reconociendo que la guerra siempre es un mal, históricamente intentó establecer, ante la imposibilidad de su absoluta erradicación, una serie de condiciones que la hiciesen «mal menor»: que hubiese justa causa para declararla, que no fuera posible la reparación de ofensas por otro medio y que hubiera proporción entre la ofensa y el mal que la guerra siempre produce. Sólo cumpliendo tales requisitos se podía hablar según la teología de «guerra justa», que venía en algún modo equiparada a la guerra defensiva.

Pero la tesis de la «guerra justa» poco a poco fue abandonándose. En primer lugar, porque la justicia de la causa era muchas veces discutible; porque no se daba un control imparcial sobre la proporción o desproporción en la legítima defensa; y porque la «era nuclear» echó abajo definitivamente la esperanza de que los conflictos armados siempre fueran localizados en áreas geográficas determinadas.

Será el Vaticano II el que dará el golpe de gracia a la teología de la guerra justa y cambie las mentalidades en el sentido de sustituir aquella construcción doctrinal por otra donde se propugne «una cultura para la paz». A partir de entonces cabe la pregunta ¿qué podemos hacer los católicos ante este tema?

El libro de que estamos tratando intenta ponernos en este nuevo camino de constructores de la paz. Primero diciendo que la Iglesia católica, los católicos, no podemos quedarnos al margen. Segundo, dejando claro que ha de lucharse por unas estructuras socio-político-económicas globales que insten a la comunidad internacional al res-

peto, la solidaridad y la fidelidad al mensaje evangélico del amor entre los hombres y los pueblos.

Y más en concreto trata de poner como ejemplo a los tres intelectuales católicos a los que hemos hecho referencia. Los tres coinciden en una sensibilidad a los valores en juego teniendo presentes las crisis habidas en nuestro siglo (económica como la del 29; políticas, con el advenimiento de los totalitarismos; moral, con la secularidad) y la necesidad de ofertar soluciones en pro de un mundo futuro mejor. Para ellos el mundo aparec sumergido en una «crisis de civilización», una crisis que a veces se atreven a denominarla «filosófica» o «un signo de desolación metafísica» (Mounier).

Nos pintan un panorama mundial, pero sobre todo europeo, capitalista en su estructura, liberal en ideología, burgués en ética. Ya para salir de él estos insignes intelectuales coinciden también en la solución: es necesario construir un «personalismo» que habrá de traducirse en lo siguiente: primacía de la persona, estructura socio-política pluralista y descentralizada, educación correcta, búsqueda de un orden internacional justo. La paz, dicen, es algo más que la ausencia de guerras: es una cuestión moral, política, social y económica.

leyendo el libro podemos darnos cuenta de la actualidad que tienen unas ideas expuestas a principios de siglo o a su mitad. Es curioso observar la importancia que los tres dan al «problema alemán» (tan de actualidad en estos momentos) y la firme convicción que tienen de que frente a la agresividad humana, que el mundo moderno padece, hay que intentar una conversión ético-religiosa de la sociedad si de verdad queremos cambiar el universo en favor de la paz.

Recoge la obra seis ponencias, cuatro comunicaciones y una serie de documentos finales. Denominador común, el estudio de la paz, sus posibilidades y la necesidad de su defensa. Diría que una reposada lectura de las muchas páginas que recogen los trabajos conducen a una conclusión principal: ha terminado la era de las guerras y comienza el ingente esfuerzo de «educar para la paz». Esta es la meta a perseguir. ¿Se podrá dar tal paso rápidamente o sin traumas? En alguna parte del libro se pueden encontrar ciertas reticencias: una cosa es tratar de lograr la paz y otra diferente es renunciar a toda forma de defensa; la no violencia radical y absoluta es, quiérase o no, una utopía, y, consiguientemente, el pacifismo a ultranza tampoco es defendible.

Como puede apreciarse, sí a la paz; necesidad perentoria de la paz, pero matizaciones a tener en cuenta en la práctica. El tema sigue en pie, y ciertamente lo que sí puede decirse es que cualquier manifestación en pro de un mundo mejor ha de ser aceptada. El encuentro celebrado en Italia, del que se hace eco la obra que comentamos, es un ejemplo. La publicación de cuanto allí se expuso creo que también es algo positivo que debemos reconocer.

LUIS PORTERO SÁNCHEZ.

HOGAN, MICHAEL: *The sectarian strand. Religion in Australian History*, Penguin Books, Ringwood, 1987, 316 págs.

El autor, profesor de la Universidad de Sidney y profesor visitante en la Universidad Autónoma de Madrid durante el curso 1988, examina en el libro que comentamos las relaciones entre la religión y la cultura, la política e, incluso, la economía en la historia de Australia.

Conviene tener en cuenta que Australia es un país de marcado pluralismo religioso en el que las rivalidades políticas han asumido en numerosas ocasiones la apariencia de una confrontación religiosa.